El mago y los ojos

Felipe Benítez Reyes

Tuvo que vestirse de rey en el ayuntamiento, porque en casa le resultaba imposible por respeto a mis fantasías.

Aquel año compartió reinado con un industrial que había donado dinero para la construcción de la residencia de ancianos y con el teniente de la Guadia Civil. Cada cual con su corona de latón, y el teniente con la cara embadurnada de betún. Mi padre se supone que era Gaspar.

Yo tenía nueve años y estaba en el secreto desde hacía un par de meses, pero me veía obligado a fingir –incluso ante mí mismo– que todo seguía igual, porque en aquel conocimiento percibía un factor sacrílego, la profanación innecesaria de una leyenda. Me avergonzaba de mi inocencia fingida y me avergonzaba de mi información inconfesable.

De todas formas, enterarme de la verdad de aquel rito (el compañero de colegio, con su media sonrisa de desprecio por los mundos imposibles) tuvo para mí un efecto liberador, porque cada noche de reyes sentía angustia al pensar que tres viejos entrarían en casa, con olores a sudor de camello y con el polvo de los desiertos de Oriente impregnado en las vestiduras, venidos de quién sabe qué lejanías fabulosas, inmortales y ubicuos, sagrados y tétricos.

Mi padre era por entonces concejal de fiestas y playas. En la cabalgata iba en una carroza pintada de purpurina, con dos pajes que le ayudaban a lanzar los caramelos. Llevaba una capa azul con cuello de armiño y una túnica roja con cenefas doradas. La barba postiza era blanca y espesa, y sobre ella brillaban sus gafas de montura de oro.

Su ausencia en casa la justificó mi madre: «Tiene que estar en el ayuntamiento por si pasa algo».

Yo, llevando a un extremo práctico mi inocencia desvirtuada, pedí aquel año más cosas de la cuenta. Hasta entonces, tenía la

convicción de que los magos no leían mis cartas, porque mis deseos no coincidían jamás con sus regalos, un desarreglo que creo recordar que atribuía yo a la justeza de mis calificaciones escolares, ya que nunca logré que mi nombre apareciese, con la caligrafía de pendolista decimonónico del padre Sergio, en el cuadro de honor mensual de mi clase.

La cabalgata fue, como siempre, triste y barata, con esa tristeza de fondo de las celebraciones pueblerinas, porque en los lugares pequeños casi nadie acaba de mostrar entusiasmo ante esos espejismos que son parodias melancólicas de los fastos de las capitales. Recuerdo que aquel año sacaron, como novedad, a media docena de jinetes vestidos de otomano o de algo así, con caballos engalanados con penachos de plumas amarillas y guiados por palafreneros disfrazados de guardias austrohúngaros algunos y otros de dominós, porque se ve que la guardarropía municipal no andaba muy surtida y propiciaba aquellos desajustes.

Al pasar por delante del balcón de casa, mi padre nos lanzó caramelos a manos llenas. Mi madre lo saludó con disimulo. Yo sentí vergüenza de saber quién era aquel rey que tuvo que arrojar hacia nosotros cuatro balones de goma antes de que cayese uno dentro del balcón.

Aquella noche dormí tranquilo, dentro de lo que cabe, porque sabía que los pasos que oiría de madrugada no serían los de unas babuchas orientales, sino los de unas zapatillas de paño que vendían en el Bazar Grumete. Antes de estar en el secreto, en los delirios ansiosos de mi duermevela, yo lograba oír el sonido arrastrado de las suelas de cuero de las babuchas puntiagudas e incrustadas de joyas de sus tres majestades, lujosas aunque sucias de los caminos infinitos del mundo, porque siempre se me figuraron sucios aquellos viajeros.

Al día siguiente, mi padre salió de casa muy temprano, porque, en su calidad de monarca de las ilusiones, tenía que visitar a niños pobres y enfermos. Volvió, disfrazado, a eso del mediodía, cuando yo andaba jugando con las cosas que no había pedido en mi carta. Llegó con Baltasar, porque Melchor andaría en otras misiones. Mi padre, supongo que para que no le reconociese, se había quitados las gafas. Sus ojos parecían tener un velo líquido. «Esto es para ti», me dijo, ahuecando mucho la voz. Me entregó un

paquete con una escopeta de balas de corcho y me dio un beso. Usaba Varón Dandy.

Acabo de volver del hospital. Han pasado cuarenta años desde que mi padre fue rey. Por encima de la mascarilla de oxígeno he vuelto a ver sus ojos sin gafas: el mismo velo líquido, pero con el añadido de un terror de fondo. Un terror imagino que inconcreto: a la muerte, sin duda, pero quizá también a lo que ha sido su vida, a ese error minucioso y prolongado que ya no tiene redención, al menos por lo que a mí respecta, aunque esa sería otra historia.

Durante años estuve pidiéndoles a los reyes un caballo de cartón. Durante años les pedí un juego de química. Durante años les supliqué una bicicleta de carreras. Nunca llegaron, y aquello me convirtió en un niño no sé si desengañado o rencoroso, o tal vez ambas cosas. Ese mismo desengaño que he visto hoy en los ojos de mi padre. Ese mismo rencor que he visto hoy en los ojos de mi padre